



Autor: ANTONIO ARGANDOÑA

>> ECONOMÍA Y EMPRESAS

Matesa. Esta empresa de maquinaria textil se convierte en el primer gran escándalo financiero del franquismo. Al amparo de la nueva Ley de Prensa, los medios entran en una historia que apunta de lleno al Gobierno (tres ex ministros fueron encausados por el Supremo). El fraude, de miles de millones de pesetas, se destapa tras la visita del ministro argentino de Industria. Sólo 120 de una partida de 1.500 telares enviados al país sudamericano tienen comprador. El resto son engaños para cobrar subvenciones. Además, la compañía mantiene una deuda, que nunca se cobrará, de 10.000 millones con un banco público.

San Rafael. El techo de un restaurante de la localidad segoviana de Los Ángeles de San Rafael se hunde, provocando 58 muertos y decenas de heridos. El constructor, Jesús Gil y Gil, es condenado a cinco años de cárcel, pero es indultado sólo 18 meses después.

Príncipe de España. El 22 de julio, Franco resuelve la incógnita y presenta a las Cortes el nombramiento de Juan Carlos de Borbón como sucesor en la Jefatura del Estado. Con la decisión, el dictador rompe las reglas dinásticas y se *salta* al Conde de Barcelona, padre del futuro Rey.

Un millón de Seat. La ganadora del concurso *Un millón para el mejor* es la agraciada con el coche número un millón que sale de las plantas de la compañía: un Seat 124 color amarillo. La cifra refleja la mayoría de edad de la empresa asociada al nacimiento de la clase media española.

Más paros en la mina. Las mayores protestas obreras contra el régimen tienen lugar en Asturias en enero, cuando más de 30.000 mineros de Hunosa se ponen en huelga. Parte del clero apoya las protestas y cede a los manifestantes las iglesias para realizar sus asambleas.



1969

1970

> LOS 'PADRES' DEL PLAN

Los tecnócratas revolucionan la economía

Alberto Ullastres y Mariano Navarro Rubio encabezaron el 'movimiento' renovador que sentó las bases del liberalismo económico en nuestro país. Por **Antonio Argandoña**

Hasta los años 50, la economía española era una economía con mercados, aunque no propiamente de mercado. El régimen llevó a cabo adaptaciones menores y poco eficaces, hasta que en 1957 entraron en el Gobierno unos hombres que contribuyeron decisivamente al cambio económico: Alberto Ullastres (Comercio) y Mariano Navarro Rubio (Hacienda). Ellos fueron los primeros *tecnócratas*, a los que siguieron Laureano López Rodó (Comisaría del Plan de Desarrollo), Gregorio López-Bravo (Industria) o Faustino García-Moncó (Comercio).

Los tecnócratas eran los que desempeñaban cargos políticos de alto nivel, no por su adscripción a las familias políticas del Movimiento Nacional, sino por sus capacidades técnicas. Eran técnicos metidos a políticos para solucionar problemas como la estabilización macroeconómica, una reforma fiscal, modernizar la administración pública o poner en marcha un plan de desarrollo.

Ellos solucionaron graves problemas de la economía española, como la alta inflación, el tipo de cambio real muy apreciado -que restaba competitividad exterior y provocaba un elevado déficit por cuenta corriente-, un déficit público alto y duradero y la incapacidad para diseñar y gestionar una política monetaria independiente de la fiscal. Sus principales acciones fueron la reforma fiscal de 1957, que permitió cerrar el déficit público, y el Plan de Estabilización de 1959, medidas tradicionales basadas en la devaluación de la peseta, y la restricción del crédito.

Otras aportaciones fueron una tímida apertura exterior de la economía, el avance en la desregulación y liberalización, la supresión de controles y un poco más de competencia. Pasos para el desarrollo de una auténtica economía de mercado.

El Plan de Estabilización fue un éxito, aunque tuvo costes elevados en términos de recesión y desempleo. Los intentos liberalizadores renovaron los incentivos económicos y supusieron un crecimiento elevado.

Pero su impulso no pudo ser duradero, porque las reformas fueron limitadas y las políticas demasiado proteccionistas. Y, sobre todo, porque a estas políticas ortodoxas y liberalizadoras, siguió el experimento de los Planes de Desarrollo, una idea muy extendida en Europa, que entonces era un modelo muy acorde con la ideología del régimen, pero perjudicial para una economía de mercado.

Las batallas políticas

Los tecnócratas no eran enemigos del régimen; de lo contrario, no habrían llegado a los ministerios. Solucionaban algunos problemas graves, permitiendo su continuidad. No pretendían un franquismo para siempre. Muchos de ellos apostaban por la monarquía como salida natural de un régimen que se acabaría con la muerte de Franco.

La oposición de izquierdas vio en los tecnócratas el aire fresco que salvaba al régimen de la crisis económica: las reformas liberalizadoras de Ullastres y Navarro Rubio, y los Planes de Desarrollo de López Rodó, parecían devolver la vitalidad a un gobierno que en 1959 parecía ya moribundo. Como no podían censurar el Plan de Estabilización, que era necesario, atacaron las supuestas intenciones políticas de los tecnócratas. Y aquí sumaban su oposición a la que se creó dentro del propio Movimiento Nacional, aprovechando el monopolio político y el control de los medios de comunicación de los falangistas. Estos se sentían amenazados por un grupo que se hacía cargo de la política económica, cambiaba las reglas del juego y parecía asegurar su permanencia en el poder, al presentar a la monarquía como la alternativa al franquismo.

Los tecnócratas no formaban grupo. Basta contrastar el liberalismo de Ullastres con el intervencionismo de López Rodó. La formación de cada uno de ellos y su adscripción a diferentes grupos del régimen, o su independencia respecto de ellos, no cuadran con la idea de que actuaban de manera concertada. Pero sus



El tecnócrata Alberto Ullastres, ministro de Comercio de 1957 a 1965. / EFE

opositores querían que formasen un grupo para su batalla política. Era necesario desprestigiar a los tecnócratas para obligar a Franco a prescindir de ellos. Y como algunos de ellos eran miembros del Opus Dei, parecía adecuado asignar a esta institución de la Iglesia católica una ideología afín al régimen, la voluntad de controlarlo o, al menos, de influir decisivamente en él.

Tanto los tecnócratas como el Opus Dei negaron esta versión de la historia. No todos eran miembros de esa institución religiosa, ni los demás miembros de la misma participaban de sus ideas y de su proyecto político -sobre todo, los de otros países, que no veían con buenos ojos la ideología y la praxis franquista-. Y en una institución que se proponía fines exclusivamente espirituales y que defendía la libertad de sus miembros en temas políticos, económicos y sociales, esas ambiciones políticas estaban fuera de lugar.

Los falangistas presentaban a los tecnócratas como miembros de una

Solucionaron graves problemas coyunturales, como la alta inflación o el enorme déficit público

No eran enemigos del régimen, pero no pretendían que hubiera un franquismo para siempre

Algunos pertenecían al Opus Dei, algo que dio alas a sus opositores para intentar desprestigiarlos

institución que se escondía en el secreto para negar la ambición política que le atribuían. Otros grupos católicos se hicieron eco de estas críticas, quizá porque consideraban que su deber moral era oponerse al régimen, y pensaban que, efectivamente, el Opus Dei se alineaba con el franquismo. Algunos partidos anticatólicos vieron la oportunidad de atacar simultáneamente al régimen y a una institución de la Iglesia.

Es curioso que, 50 años después, la libertad política de los miembros del Opus y la finalidad estrictamente religiosa de la institución sean ampliamente reconocidas, pero cuando se cuenta la historia de los años 50 y 60 se siga hablando de «los tecnócratas del Opus Dei».

Pero, lo cierto es que esos tecnócratas pusieron las primeras piedras en el edificio de nuestra economía de mercado.

Antonio Argandoña es profesor del IESE Business School.